

## **San Alejandro María Sauli (1534-1592)**

Nació en Milán, Italia, en el seno de una antigua familia genovesa muy ligada a la Iglesia. Para seguir su vocación, de adolescente rechazó una promisoriosa carrera en la corte del emperador Carlos V. A los 17 años de edad entró en la Orden de los Clérigos Regulares de San Pablo -Barnabitas-, de la iglesia milanesa de San Barnaba, frecuentada tradicionalmente por su familia. Ahí se entregó por completo a la obediencia de las reglas de la vida común, con severas tareas religiosas. En 1556, San Alejandro Sauli fue ordenado sacerdote; fue maestro de novicios y formador de religiosos. Después fue nombrado teólogo y decano de la Facultad de Teología de Pavía por el arzobispo de Milán, San Carlos Borromeo, de quien San Alejandro llegó a ser confesor.

Diez años después, en 1565, San Alejandro Sauli fue electo Superior General de la Orden de los Barnabitas, antes de cumplir 32 años. También fue director espiritual de varios personajes ilustres de la época. Más adelante fue nombrado obispo de Aleria, en la isla de Córcega, perteneciente a Francia. Recibió una diócesis decadente y abandonada, sin lugares decentes para el culto ni tampoco clero capacitado. En los veinte años que trabajó esmeradamente, transformó completamente la diócesis en un modelo de devoción apostólica y de organización. Al final de su período, San Alejandro Sauli era amado lo mismo por los ricos que por los pobres de la isla, quienes le apodaron el “Apóstol de Córcega”.

En 1591, sin embargo, el papa Gregorio XIV, de quien fuera también confesor y director espiritual, lo designó obispo de Pavía. Encontrándose cerca de ahí, en la villa de Calosso d’Asti, en un recorrido para conocer su nueva diócesis, San Alejandro falleció repentinamente.

San Alejandro Sauli fue canonizado en 1904 por el papa San Pío X. Su cuerpo está sepultado en la catedral de Pavía.

## **San Francisco Javier María Bianchi (1743-1815).**

Francisco Javier Bianchi nació en Arpino, en 1743. Hizo sus estudios eclesiásticos en Nápoles y recibió la tonsura a los trece años. Su padre se opuso tenazmente a que el joven entrara en la vida religiosa, y Francisco Javier atravesó un período de angustioso conflicto entre la voluntad de sus padres y lo que él consideraba como la voluntad de Dios. Finalmente acudió a San Alfonso de Liguorio en busca de consejo, durante una de las misiones del santo. Éste le confirmó en su vocación y Francisco Javier, venciendo todas las oposiciones, entró en la Orden de los Clérigos Regulares de San Pablo, más conocidos con el nombre de barnabitas. Probablemente a consecuencia de los esfuerzos que había hecho para superar esa prueba, el santo cayó enfermo y sufrió terriblemente durante tres años. Por fin, logró rehacerse, realizó grandes progresos en sus estudios y se distinguió particularmente en la literatura y en las ciencias. Fue ordenado sacerdote en 1767.

Sus superiores le dieron muestras de excepcional confianza, ya que no sólo le permitieron oír confesiones a pesar de ser muy joven (cosa muy rara en Italia), sino que le nombraron superior de dos colegios, a la vez. El santo ejerció este cargo durante quince años. Le fueron confiados otros muchos oficios de importancia, pero Francisco Javier se sentía cada vez más llamado a despegarse de las cosas terrenas y consagrarse enteramente a la oración y a los ministerios sacerdotales. Así pues, empezó a llevar una vida de extremada mortificación y austeridad. Pasaba gran parte de su tiempo en el confesionario, a donde miles de personas iban a consultarle. Su salud se resintió y le sobrevino una debilidad tan grande, que apenas podía arrastrarse para ir de un sitio a otro. No por ello cambió Francisco Javier su forma de vida, sino que siguió adelante como si nada sucediese. Su valiente resolución de vivir al servicio de los demás parece haber dado una eficacia especial a sus palabras y oraciones, de suerte que todos le consideraban como un santo.

Cuando las congregaciones religiosas fueron dispersadas en Nápoles, Francisco Javier se hallaba en un estado lamentable; tenía las piernas hinchadas y cubiertas de llagas, y había que llevarle cargado al altar para que celebrara la misa. Esto tuvo la ventaja de merecerle privilegios especiales, pues las autoridades le permitieron conservar el hábito religioso y permanecer en el colegio, donde vivió totalmente solo en la más estricta observancia religiosa.

Se cuentan muchos milagros y profecías del P. Bianchi. En el proceso de beatificación se hizo mención de dos notables casos en los que multiplicó el dinero para pagar deudas. Durante la erupción del Vesubio, en 1805, la población llevó al santo en vilo hasta el río de lava, que se detuvo en cuanto Francisco Javier hizo la señal de la cruz, frente a él. La veneración que los napolitanos le tenían al fin de su vida era ilimitada: «Roma tuvo su Neri (negro) -decían-, pero nosotros tenemos a nuestro Bianchi (blanco), que no es menos bueno». Muchos años antes, una de sus penitentes, Santa María Francisca de Nápoles, muerta en 1791, había prometido al P. Bianchi que se le aparecería tres días antes de que él pasara a mejor vida. Este estaba persuadido de que la santa cumpliría su promesa, como sucedió en efecto. San Francisco Javier María Bianchi exhaló el último suspiro el 31 de enero de 1815. Fue canonizado en 1951 por SS Pío XII.